

EL ALMA DE UNA MADRE

(RECUERDO DE ADELAIDE A. PROCTER)

I

Rendida al peso de fatal angustia,
Y allá en el fondo del obscuro seno,
Donde purga el espíritu sus faltas
Antes que logre remontarse al cielo,

Un alma gime en hondo desamparo
Sin alcanzar alivio á su tormento,
Cual si ya ni el pincel de la Esperanza
Trazara de su dicha algún bosquejo.

Mas súbito un celeste peregrino
Surcó el espacio en luminoso vuelo,
Rasgando la tiniebla en que gemía
El desdichado espíritu imperfecto.

Arcángel poderoso y deslumbrante,
Gabriel le nombran musulmán y hebreo,
Y del Señor á la infeliz criatura
Desciende cual ministro ó mensajero.

“¿Por qué —le dice— á tu dolor profundo
La Fe no imparte celestial consuelo?

¿Ignoras por ventura que tus males
No siempre han de durar, no son eternos?”

“¿Qué importa? —responde ella— ¡desdichada!

Por mí no son las lágrimas que vierto,

Pues madre fui y al hijo idolatrado

Dejé en la tierra miserable huérfano.

“¿Sé yo lo que padece, si egoísta

Su padre, ansiando frívolo himeneo,

Le dió verdugo en la mujer liviana

Que ceba en él la rabia de los celos?

“¡Ah! por piedad, dejadme que le mire,

Que le visite en el humano suelo,

Veréle un solo instante y en seguida

Podéis lanzarme al fondo del áverno.”

“Calla, calla, infeliz—repuso el Angel—,

No insultes al Señor con loco acento.

El Dios de la justicia te perdona

Ese arranque de amor mundano y ciego;

“Que El sólo juzga el corazón del hombre

Contando sus latidos más secretos,

Y nada oculta á su infalible vista

En su infinito espacio el Universo.

“Escucha, pues, lo que el Señor propone

Bondadoso á la par que justiciero:

Ya vas el fin de tu expiación tocando,

Dentro de una hora subirás al Cielo;

“Mas quiere Dios dejarlo á tu albedrío,

Se cumplirá tu maternal deseo,

Verás al hijo de tu amor tan sólo

Por un minuto del humano tiempo.

"Y el rápido placer que así alcanzares
Retardará tu dicha un siglo entero.
Piénsalo bien; por solo aquel minuto
Cien años de este horrible sufrimiento."

"¡Al punto—exclama sin temor el triste
Desventurado espíritu— lo acepto!
Aun eso es poco si he de ver al hijo
De mis entrañas; sólo verle quiero."

Tocó Gabriel las alas entumidas
Del ánimo infeliz, y pronto el vuelo
Pudo ella alzar, mostrándole el camino
De blanca luz tenuísimo reguero.

II

Era alta noche, el aposento obscuro;
Solitario dormía en pobre lecho,
Quizá olvidado, con febril semblante
Y respirando ansioso, un niño tierno.

En tanto, por la abierta celosía
Penetra allí con lánguido reflejo
La opaca luna, y se desliza helado
De triste noche el importuno aliento.

Mas ved: de pronto á dominarlo acude,
Que del niño las sienas acaricia
Con tibio soplo embalsamado céfiro
Derramando en la frente sus cabellos.

Ya inunda sus mejillas, ya en sus labios
Los rizos pone, cual si á dulce juego
Le fuese á provocar... ya de un gemido
Profundo, sofocado, imita el eco.

Solloza al fin desgarrador, convulso,
Y al expirar su ráfaga en el lecho,
Despierta el niño balbuciendo "¡Madre!"
Y resuena en la estancia ardiente beso.

III

Del negro limbo la espaciosa entrada
Gabriel custodia en ademán severo
Cuando vuelve el espíritu infelice
Y á punto se halla de lanzarse adentro.
"Detente —grita el Angel conmovido—:
Basta ya de sufrir, remonta el vuelo;
De tu expiación el término cumpliste,
Que un siglo se confunde y un momento (1)
Ante la eternidad, y el tiempo es otro
En el reló sublime del Eterno.

"De madre agotas la suprema angustia
Por tu elección; pero el martirio horrendo
Duró un minuto, y en tan breve espacio
Cumplidos van cien años de tormento."

IV

Dijo, y al punto el éter iluminan
Espíritus de luz que en amplio cerco
A un niño traen, y á la madre ansiosa
Lo entregan con semblantes halagüeños.

(1) Así el original.—Pudiera modificarse:
Que un siglo se confunde en un momento...

Elévase ella absorta entre los Angeles,
Al hijo unida con abrazo estrecho,
Y, sin cesar huyendo entusiasmada,
Se pierde en el azul del firmamento (1).

1870.

(1) Estos versos no son ni una traducción más ó menos libre, ni tampoco una imitación completa, pues los escribí con sólo el recuerdo que me dejó la lectura, por un *elocucionista* americano, de la poesía de Adelaide A. Procter. Así podrá suceder que no tengan de común con la composición inglesa otra cosa más que el argumento.—*Nota del Autor.*

PARA LOS FUNERALES

DEL SEÑOR DON LUIS MARTÍNEZ DE CASTRO, MUERTO EN LA
ACCIÓN DE CHURUBUSCO

¡ Ilustre sombra ! Tu reposo, inquieto ;
Y triste al entonar un canto rudo,
La mente hundida en funeral respeto,
Gimiendo te saludo.
Mas ¡ ay ! en vano lúgubre gemido
Mi labio exhala ; sin vigor, sin eco,
Entre esas tumbas vagará perdido.

Subir no puede á tu elevado asiento,
Y rozando este suelo funerario,
Alcanza hasta el oído desatento
De vago solitario
Que visitando tumbas más lejanas,
Oye sonar mis lánguidos clamores
Como el eco de fúnebres campanas.

Así al dolor consagraré mi llanto,
Viva efusión de sentimiento puro
Derramado al impulso del quebranto,
Y así de un labio obscuro

Brotará el entusiasmo de mi seno,
Cual bella flor de espléndidos matices
Suele brotar en ignorado cieno.

Mas ¡no! mi voz encontrará propicio
El corazón del pueblo mexicano,
Porque ensalza de un héroe el sacrificio,
 La gloria de un hermano.
¿De mi inexperta lira la rudeza,
Ferviente culto á su memoria dando,
El brillo empañará de su grandeza?

Con roja sangre que esmaltó la tierra
Nos legó, al expirar, su nombre escrito,
Cuando hasta aquí llegó la injusta guerra
 Del invasor maldito.
¡Ah! que si fuera siempre la victoria
Premio al arrojo, al ardimiento santo,
¡Hubiera coronado aquí su gloria!

Pero ¡oh suerte! mi Patria desvalida,
A quien la mano del destino azota
Con saña formidable, hoy afligida,
 Llorando su derrota,
En vano en torno volverá los ojos;
Tan sólo ¡oh Dios! para calmar su pena
Tropezará con míseros despojos.

¡Despojos y no más! que del valiente,
Si á morir, no á vencer, fué destinado,
Sólo queda un cadáver imponente,
 Un cuerpo mutilado:

¡Despojos, y no más, de campeones!
Pero esas son tus glorias, Patria mía,
Las que encubren tu mengua á las naciones.

Con ellas puede el rostro placentero
Mostrar México aún, que ellas lo ensalzan...
Muéstralo ¡oh Patria! y clama al mundo entero:
 “Mirad cómo se alzan
Los héroes, de mi suelo envilecido.”
El mundo, arrebatado al contemplarlos,
Admirará las glorias del vencido.

Vedlas allá en las lomas de Angostura,
Ved del Molino el sanguinoso campo,
Y en Churubusco ¡oh Dios! esa blancura,
 De horrenda nieve el ampo,
Que en su brillo fatal revela muerte,
Y decid si es vergüenza entre la sangre
Sucumbir al capricho de la suerte.

Jamás, bravos guerreros, ciudadanos
Ilustres, denodados campeones,
Caros hijos del pueblo, mis hermanos,
 Que en escasas legiones
Temblar la fortaleza celebrada
En fiel defensa aterradora hicisteis,
Vuestra gloria jamás será ofuscada;
 Que mil grandes proezas á la llama
Del cañón fulguraron ese día;
El humo las cubrió... mas ya la Fama,
 De excelsa nombradía

Coronando sus ínclitos loores,
Los nombres proclamó de los valientes
De Churubusco heroicos defensores.

¡Oh, cuántas veces en mortal refriega,
Nubes de combatientes dispersando,
El rudo ataque de la turba ciega,
Serenos contrastando,
Burlabais el orgullo de su intento,
Y esos hijos espurios del gran Washington
Lloraban en la fuga su escarmiento!

Mas ¡ay! que ya al asalto á escape llegan
Unidos batallones numerosos
Que de cuerpos y sangre el campo riegan
Y restos espantosos.
Al nuevo embate crece la pelea,
Y en continuado y hórrido retumbo
Vívuda luz el fuerte centellea.

Tenaz entonces el sajón acrece
De sus tropas el número, y aviva
El fuego, en que ni un punto desfallece
Cuando el asalto esquivia;
Y consúmese allí el pertrecho escaso,
E inermes ¡oh dolor! al *yankee* fiero
Vuestra arrogancia disputaba el paso.

Cedéis al fin... ¡oh! sí, ¡con cuánta gloria!
Hay un laurel del que sucumbe honrado,
Bello como el laurel de la victoria.
Modesto y deslustrado

Lo veis; mas la fragancia percibid
Con que el honor sus hojas embalsama,
Sucias aún del polvo de la lid.

Con ese lauro vuestra sien corona
La grave historia en amoroso anhelo,
En tanto que la Patria se abandona
A la aficción y el duelo;
Que, al perder su riquísimo tesoro
Se vuelve á los sepulcros de sus mártires
Y el rostro anega en abundante lloro.

¡Inútil llanto de aficción perdida!
Al joven héroe muerto en su defensa
No volverán sus lágrimas la vida,
Ni nuestra pena inmensa.
Era ¡ay! un lirio del jardín hechizo,
Brilló unos días, vino la tormenta,
Y en recia lluvia lo tronchó el granizo.

¡Víctima pura! á la región dichosa
Si de este pueblo la oración alcanza,
Permítele que encienda ahí en tu fosa
La luz de su esperanza;
Y al contemplar su tétrico destino,
Ruega al Señor que compasivo alumbre
Las sombras que obscurecen su camino (1).

Agosto de 1849.

(1) Estos versos que no fueron leídos en la ocasión á que se destinaban, se publicaron en *El Siglo XIX* del 12 de Octubre de 1854, con algunas más imperfecciones que ahora se han corregido en lo posible y que se debían, en parte, á la temprana edad é inexperiencia absoluta del autor en aquella época.—*Nota del Autor.*

A TAMBERLICK

Hijopreciado de la bella Ausonia,
De la ciudad eterna entre los muros
Meciéndose tu cuna, te adormía
El Tíber de sus ondas al arrullo.

Y ahí, en la tierra donde es canto el habla,
Música la oración del templo augusto,
Las arengas del foro y del liceo
Y aun las palabras del ignaro vulgo;

En el concierto que incesante eleva
Roma al empíreo, el Hacedor dispuso
Que tu infantil acento resonara
Vibrante, acorde, melodioso y puro.

Creciste, y pronto en las brillantes aras
Del arte celestial rindiendo culto,
Con el encanto de tu voz suspendes
Entre asombro y deleite al viejo mundo;

Que al fin de Italia el reducido suelo
Su armónico torrente no contuvo,
Y te oye absorto el español, el franco,
El grave inglés, el alemán y el ruso.

De lauros mil se coronó tu frente;
Y, como suele en horizonte fúlgido

Bajar el sol espléndido al ocaso,
Venir al suelo occidental te plugo.

De América en las playas virginales
La fama de tu nombre vuela al punto,
Brillante heraldo de dichoso arribo,
De nuestras glorias inefable anuncio.

Y aquí, en la tierra donde al alba trinan
Miles y miles de cinzontes músicos,
Donde la brisa al remedar suspiros
Y el arroyuelo con gentil murmurio

Enseñan á cantar cual canta el ave
Sin arte peregrino, sin estudio,
¿Qué has venido á encontrar? —Un pueblo ardiente
Que en aplausos te rinde su tributo.

Sigue feliz en la triunfal carrera
Que á tu paso prolonga el Nuevo Mundo,
Glorioso artista, y su esplendor no empañe
Ni la envidia ruín ni el infortunio.

Y cuando vuelvas á la culta Europa,
Do, al mexicano, vengativo y rudo
Pinta la mala fe, di que no hallaste
De condición tan bárbara á ninguno;

Que si tenaz al invasor repele,
Un pueblo libre hasta alcanzar triünfo,
También con el amigo es generoso
Y le sabe apreciar, también es justo.

Julio de 1871.

DESCANSO Y VIDA

Seguro fin previene á nuestros males
 La Muerte, en lecho de eternal reposo ;
 Mas qué, ¿para los míseros mortales
 No hay otro asilo que el angosto hueco
 Del ataúd helado y pavoroso?
 ¿De vida y juventud será el destino
 Quietud sombría, calma indeficiente,
 La paz marmórea en la amarilla frente
 Del cadáver mezquino?
 ¡Cuán pobre es del vivir la recompensa
 Si nada el hombre tras la tumba alcanza,
 Y nos engaña siempre la esperanza
 Con perspectiva inmensa !
 ¿En ardua lucha el noble sacrificio
 Sólo ilusión mentida galardona,
 Y la virtud, á par de inmundo vicio,
 Logra por fin esa árida corona?
 ¿El corazón del joven arrogante
 Palpitará con animoso brío
 Porque le anuncie calma,
 Refrescando su sien el viento frío

Del sepulcro distante
 Que guarde á su ambición tan triste palma?
 ¡Oh! no, mil veces no, que es otro el sueño,
 Otra la dicha que persigue ansioso
 Del alma el claro instinto:
 No espera hallarla en lóbrego recinto ;
 ¡La dicha ve en la luz de un sol radioso,
 En el nervio que siente,
 En el aliento cálido, el viviente!
 No es ¡ay! descanso mudo
 Tras el combate desigual y rudo
 Del hombre con los hombres, lo que ansía
 Su pecho desgarrado ;
 No es el reposo inerte
 Que le brinda la Muerte
 En el arcano de la tumba fría ;
 Es vida, es otra vida en que, animado
 Con nuevo ser, vestido en nuevas galas,
 Tender pueda el espíritu sus alas
 Por la región del éter infinito
 Hasta llegar al cielo
 Donde contemple la verdad sin velo,
 Mirando al Sol eterno de hito en hito.
 Bella ilusión que extático le guía
 Por el mundo falaz, y con la suerte
 Le resigna, le empuja hasta la muerte
 Del mártir ó del héroe, su agonía
 Trocada en la visión que le entusiasma.

 ¿Seré quizá ludibrio de un fantasma
 Que forjan la ignorancia y el deseo

Con el espanto unidos?
 ¡Oh duda, horrible duda!
 ¿Quién tus nieblas disipa cuando veo
 Que en vano la razón me presta ayuda,
 Si falta la evidencia á los sentidos
 Y, afectando desdén, calla la ciencia?...
 ¿Ninguno al fin responde? —Sí, ya escucho
 La voz, la dulce voz de la conciencia
 Que del seno más íntimo pregona:
 “No va al sepulcro tu inmortal esencia;
 Ve más allá tu espléndida corona.”

Marzo de 1884.

PARA UN ALBUM

Al triste són de mi olvidada lira
 Dejadme alzar un canto balbuciente,
 Chispa de fuego que en ceniza expira,
 Relámpago de luz incandescente:
 Ya no será mi inspiración mentira,
 Pues que insólito ardor mi pecho siente
 Y, al sacudir su dolorosa calma,
 Torrentes de armonía vierte el alma.
 Mas de una vaga, mística armonía
 Que tan sólo mi espíritu comprende,
 Que nunca al mundo revelar podría
 Con la terrena voz que el mundo entiende,
 Porque el alma tan pura melodía
 De su seno más íntimo desprende
 Y al punto la recoge, cual si á mengua
 Tuviera el entregársela á mi lengua.
 ¡Oh si pudiera un lánguido murmullo
 Remedar de esa música divina,
 Eco lejano de sentido arrullo,
 Lamento de la flor que al aura inclina
 Su cáliz entreabriendo su capullo,

Suspiro de la fuente cristalina
Que solloza perdida entre las flores,
Ensueño de dormidos ruseñores.

Mas ¡ ah ! no puedo : reverente escucho,
Cual retumbo de música lejana,
El canto inmaterial, si tierno mucho,
Que el alma eleva á ti, preciosa Juana,
Y en balde yo por imitarlo lucho ;
Seca la mente, la palabra vana,
El entusiasta corazón palpita
Y el torpe labio en rudo afán se agita.

Es que el avaro cielo me ha negado,
Al darme de poeta el sentimiento,
Su resonante voz y eco inspirado,
Y ese feliz, dominador talento,
Y ese fuego vivífico, sagrado,
Con que se lanza, en ímpetu violento,
El vate audaz que al firmamento sube
Sobre el vellón de refulgente nube.

Mas ya que en balde acento peregrino
Quise arrancar de mi infeliz garganta
Y, homenaje rindiéndote mezquino,
Cantar el numen que en tu seno canta,
Deja, al menos, que arroje en tu camino,
Como pérsica alfombra de tu planta,
Estos del alma míseros despojos,
Humildes versos que verán tus ojos.

México, Noviembre de 1857.

EN LA MUERTE DE UN BUEN SACERDOTE

(FRAY MANUEL PINZÓN)

O Dieu, ne reprends pas
ceux que ta flamme anime;
Si la vertu s'en va,
que deviendra le crime?
.....
N'enlève pas au monde
un espoir salutaire:
Laisse des justes sur la terre.

VICTOR HUGO.

I

No la terrible, asoladora pena
Que el rostro inunda en llanto abrasador
Y al corazón inconsolable llena
De viva angustia y funeral pavor ;
No el duro padecer que el cuello oprime
Con récio nudo de áspero dogal,
Mientras el alma en sus tinieblas gime
Y ve en la muerte incomprensible mal ;
No ese dolor que en su carnal miseria
Del escéptico rasga el corazón,
Instinto ciego de la vil materia
Que obscurece y domina la razón ;
No ese dolor, sino el dolor del alma
Que alumbra pura, indeficiente luz

Y ve en la muerte vividora palma,
Cual regio trono en la infamada cruz.

Tan íntimo, sereno, religioso,
Fué el pesar que en el ánimo cundió
Cuando el justo en su tránsito dichoso
La tierra para siempre abandonó.

¿A qué llorar, si en nuestro amargo duelo
Vertió su dulce bálsamo la Fe?
¿A qué llorar, si en cristalino cielo
Sublimado el espíritu le ve?

II

Era el humilde sacerdote santo
Del Redentor purísimo secuaz;
El desvalido huérfano su encanto,
Su noble anhelo difundir la paz.

Tropezando sus plantas con el oro,
De caridad en instrumento vil
Tórnalo al punto y, pródigo, un tesoro
Vierte en alivios de congojas mil.

Sencillo, puro, su elocuente labio
Derramaba á torrentes la verdad;
Nunca moviólo rencoroso agravio,
Pasión ruín, ni estólida piedad.

¿Quién, decidme, al sangriento fanatismo
Como él osó valiente reprimir?
De la superstición el negro abismo,
¿Quién al pueblo dejaba traslucir?

Nuncio de paz en la afligida tierra,
Del hombre huyendo la discordia atroz,

Al vicio mueve compasiva guerra
De ejemplo armado y apacible voz.

¡Ah! ¡no creyó que fulminado acero,
Candente plomo, bronce aterrador,
Fueran del manso, celestial cordero
Digno sostén, amparo del Señor!

Y cuando vió que, hipócrita, entre hermanos,
Torpe ambición ensangrentó la lid,
Alzando al cielo las piadosas manos,
Por tus hijos oró, Patria infeliz.

Por tus hijos, que en largo descarrío
Rasgaron ¡ay! tu rico pabellón...
Y al iluso, al fanático, al impío
Confunde el justo en férvida oración.

Su pecho, cual de cándida paloma,
Sed de sangre no enciende criminal,
Que sólo de Jesús ejemplo toma,
No del verdugo ó de feroz chacal.

Y nunca el nombre del Señor blasfema
Para ensalzar al matador cruel,
Ni en aras de su Dios incienso quema
Lleno el bastardo corazón de hiel.

Paz y unión fué su angélico deseo,
Caridad infinita su virtud;
Quizá movió su enojo el fariseo,
Mas venció de su amor la plenitud.

Llamóle Dios al puerto de ventura:
"Ese es tu premio; á tu morada ven";
Dijo el Señor; la humilde criatura
Así responde al hacedor del bien:

"Tan pronto ¡oh Dios! arrebatarme al cielo.
¡Piedad del hombre! En tu feliz mansión,

¿Qué oprimidos aguardan el consuelo?
 ¿A qué opresores llevaré el perdón?"

Oyó Jesús con ínclita sonrisa
 La queja del pastor que amó su ley,
 Y, arrebatando al ánima indecisa,
 La vista huyó de la angustiada grey.

Julio de 1858.

EN LA MUERTE

DE LA SEÑORITA SOLEDAD GÓMEZ SOTO

Dejando el triste suelo
 Te vas ¡oh niña hermosa!
 Y en el radiante cielo
 Donde el afán reposa,
 Entre sus bellos ángeles
 Te cuenta ya el Señor.

Tu muerte no es la pena
 Que aguarda el hombre injusto
 De espanto el alma llena,
 De horror teñido el busto,
 Sino el dichoso tránsito
 De un mundo á otro mejor.

Por eso intento vano
 Es de la parca aleve
 Cuando, con torpe mano,
 A tu beldad se atreve,
 Y en tenebroso féretro
 Bello tu cuerpo está;

Que si la atroz dolencia
 Tu tierna vida extingue,